

EL ARTE DE NARRARSE:

dibujos y subjetividades de adolescentes
institucionalizados

Luisa Fernanda González-Pastor-Toledo*  

Fotografía de portada de Victor Medina Gorosave



Tipo de artículo: Artículo de investigación

Fecha de recepción: 01 de octubre de 2025

Fecha de aprobación: 04 de diciembre de 2025

Fecha de publicación: 01 de enero de 2026

Para citar este artículo

González-Pastor-Toledo, L. F. (2026). El arte de narrarse: dibujos y subjetividades de adolescentes institucionalizados, *(Pensamiento), (Palabra)... Y Obra*, (35), e23799. <https://doi.org/10.17227/ppo.num35-23799>

* Doctorado en Psicología Social, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Ciudad de México. UAM Iztapalapa, Ciudad de México. fernanda.toledo93@hotmail.com.

Resumen

El artículo examina cómo jóvenes institucionalizados elaboran su subjetividad a través de dibujos producidos en un taller lúdico, entendido como dispositivo expresivo y metodológico. A partir de trayectorias atravesadas por abandono, violencia y discontinuidad afectiva, los dibujos operan como narrativas visuales que condensan emociones, memorias corporales y representaciones sociales del yo. Las imágenes revelan identidades fragmentadas, corporalidades vulneradas y la violencia como forma aprendida de agencia. El estudio demuestra que el dibujo permite acceder a dimensiones subjetivas que difícilmente se pueden decir con palabras y subraya la necesidad de prácticas institucionales que reconozcan la complejidad afectiva y simbólica de estos adolescentes.

Palabras clave: cuerpo; dibujo; representaciones sociales; subjetividad; violencia

The Art of Self-Narration: Drawings and Subjectivities of Institutionalized Teenagers

Abstract

The article analyzes how institutionalized teenagers construct their subjectivity through drawings produced in a ludic workshop conceived as an expressive and methodological device. Emerging from life trajectories marked by abandonment, violence, and affective discontinuity, the drawings function as visual narratives that condense emotions, embodied memories, and social representations of the self. The images reveal fragmented identities, vulnerable bodies, and violence as a learned form of agency. The study demonstrates that drawing provides access to subjective dimensions that are difficult to verbalize and highlights the need for institutional practices that acknowledge the affective and symbolic complexity present in these youths' experiences.

Keywords: body; drawing; social representations; subjectivity; violence

A arte de narrar-se: desenhos e subjetividades de adolescentes institucionalizados

Resumo

O artigo analisa como adolescentes institucionalizados constroem sua subjetividade por meio de desenhos produzidos em uma oficina lúdica, concebida como dispositivo expressivo e metodológico. Provenientes de trajetórias marcadas pelo abandono, pela violência e pela descontinuidade afetiva, os desenhos funcionam como narrativas visuais que condensam emoções, memórias corporais e representações sociais de si. As imagens revelam identidades fragmentadas, corporalidades vulnerabilizadas e a violência como forma aprendida de agência. O estudo demonstra que o desenho permite acessar dimensões subjetivas de difícil verbalização e destaca a necessidade de práticas institucionais que reconheçam a complexidade afetiva e simbólica presente na experiência desses jovens.

Palavras-chave: corpo; desenho; representações sociais; subjetividade; violência

Introducción

La infancia y adolescencia en contextos de institucionalización constituyen un campo de investigación complejo y profundamente sensible. Lejos de funcionar únicamente como un dispositivo de protección, la vida en los Centros de Asistencia Social (CAS) evidencia múltiples tensiones: por un lado, el mandato estatal de salvaguardar a niñas, niños y adolescentes en situación de vulnerabilidad; por otro, los efectos psicosociales asociados al desamparo familiar, la convivencia forzada y la burocratización de la vida cotidiana. Según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) (2017), la institucionalización se refiere “al cuidado de los niños en entornos residenciales de gran escala, caracterizados por rutinas estandarizadas, relaciones impersonales y una ausencia de vínculos estables con cuidadores” (p. 12).

A nivel internacional, la institucionalización se ha consolidado como el recurso más utilizado para atender a las infancias que no cuentan con cuidados parentales. Sin embargo, diversos organismos, como la Unicef y la Relaf, han insistido en que este tipo de cuidado debería emplearse solo en casos excepcionales, pues se considera una alternativa a la que debe recurrirse únicamente cuando no existan otras opciones familiares o comunitarias más favorables.

En México, los CAS administrados por el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (SNDIF) han sido históricamente los principales espacios de acogida. Estos centros operan bajo un modelo de internamiento temporal, que plantea la expectativa de un pronto retorno a la familia de origen o la posibilidad de adopción. No obstante, en la práctica, la mayoría de los menores permanece institucionalizados hasta alcanzar los dieciocho años. Este fenómeno ha sido ampliamente documentado por organismos como la Unicef (2017), que advierte que la permanencia prolongada en estas instituciones genera procesos de desvinculación afectiva, dificultades en el desarrollo emocional y social, así como obstáculos significativos para la reinserción comunitaria.

El carácter estructural de la institucionalización se refleja en la trayectoria vital de los adolescentes que transitan por diversos CAS según su edad y sexo. Cada traslado supone una ruptura de vínculos, una reconfiguración identitaria y un nuevo proceso de adaptación a reglas, normas y dinámicas disciplinarias. En este sentido, dichos centros pueden ser analizados bajo la noción de institución total

(Goffman, 1970), en la que la vida cotidiana está regulada por un entramado normativo que ordena el tiempo, el espacio y el cuerpo.

Este artículo deriva de los resultados obtenidos en la tesis doctoral *La vida en un Centro de Asistencia Social. Un análisis sobre el curso de vida y las representaciones sociales del futuro en los jóvenes de la Casa Hogar para Varones*, escrita en 2024 con base en el estudio de un grupo de jóvenes de dieciséis a dieciocho años. Su objetivo principal es presentar el análisis de los dibujos sobre sí mismos elaborados por tres jóvenes, Enrique, Jacobo y Pablo,¹ quienes han residido en los CAS del SNDIF desde su primera infancia. El interés central es comprender cómo, a través de sus dibujos, construyen narrativas sobre su identidad desde el marco de las representaciones sociales, las cuales se encuentran atravesadas tanto por los discursos institucionales como por experiencias subjetivas de resiliencia y resistencia.

La perspectiva de las representaciones sociales, inaugurada por Moscovici (1979) y desarrollada posteriormente por Jodelet (1986), constituye un marco idóneo para analizar cómo los jóvenes interpretan y comunican la realidad institucional en la que se encuentran inmersos. Los dibujos se conciben no solo como producciones individuales, sino como cristalizaciones de un conocimiento compartido que articula emociones, valores, normas y el mundo que los rodea. De esta manera, el presente trabajo busca contribuir a los debates contemporáneos sobre las infancias y adolescencias institucionalizadas en México y América Latina, con énfasis en la voz y la mirada de los propios adolescentes. El análisis de sus dibujos permite explorar las representaciones sociales de sí mismos, y vislumbrar cómo, en medio de la disciplina institucional, gracias al arte y por medio de los dibujos, logran expresar emociones, violencias y reconstruir su identidad fragmentada. Por medio de estas producciones gráficas, es posible acceder a sus mundos internos, con un lenguaje que desafía la rigidez institucional y que reclama, desde lo simbólico, reconocimiento, cuidado y escucha.

¿Cómo es la vida en un CAS?

La institucionalización de niñas, niños y adolescentes en México tiene una larga trayectoria que inicia en la época colonial. Bajo los principios de caridad cristianos, se crearon lugares de acogida, como asilos, hospitales y casas

para expósitos. El estado novohispano delegó casi en su totalidad a la Iglesia la atención de esta población desamparada, lo cual consolidó un modelo asistencial basado en la beneficencia privada.

Durante el siglo XX, con la consolidación del Estado mexicano, las funciones de asistencia social fueron reorganizadas y culminaron en la creación del SNDIF, encargado de proteger a las infancias en situación de vulnerabilidad a través de los CAS. En la Ciudad de México existen cinco de estas instituciones: para niñas y niños de cero a cinco años; niñas y niños de cinco a nueve años; niños de nueve a trece años; niñas y adolescentes mujeres de nueve a dieciocho años; y, por último, adolescentes varones de trece a dieciocho años, en la cual se desarrolló parte de esta investigación. Este tipo de estructura obliga a las niñas, niños y adolescentes a transitar continuamente por las instituciones conforme crecen, aun cuando cada traslado implica rupturas de vínculos afectivos y nuevos procesos de adaptación, lo que les genera constantes sentimientos de soledad e incertidumbre. En su mayoría, el ingreso de las niñas, niños y adolescentes a estos centros se debe a situaciones de pobreza, violencia, abandono, orfandad, situación de calle, migración, desastres naturales, negligencia y abuso por parte de sus familiares, entre otras causas documentadas por la Unicef (2013, p. 41).

La vida dentro de los CAS es estrictamente reglamentada, principalmente en los que atienden a niñas y niños de cero a trece años. Operan, en términos foucaultianos y con base en las teorías de Goffman (1970), como espacios disciplinarios, ya que controlan el tiempo, los horarios y la convivencia entre los residentes. Las rutinas diarias incluyen:

—Control del tiempo

- Horarios estrictos para despertar
- Alimentación colectiva bajo supervisión
- Actividades escolares, terapéuticas y recreativas programadas
- Baños sujetos a horarios establecidos
- Hora fija para dormir
- Vigilancia y disciplina
- “Quién hable, lava los platos”, esta era una frase cotidiana que enfatizaba el control disciplinario en el comedor
- Castigos por no seguir instrucciones
- Corrección constante del comportamiento para asegurar la obediencia

1 Los nombres fueron modificados para proteger su anonimato.

Estas rutinas incesantes moldeaban el cuerpo y la conducta de las niñas, niños y adolescentes durante su estancia en cada CAS, y de esta manera se ajustaban estos.

En el CAS donde se llevó a cabo esta investigación, había rutinas un tanto más “flexibles”, ya que, según el reglamento de dicha institución, su enfoque se encuentra orientado a la autonomía y el trabajo, a pesar de lo cual, a partir del análisis realizado se deduce que continúan bajo lógicas disciplinarias.

Aunque existe una hora formal para levantarse, a diferencia de los otros centros, los adolescentes pueden volver a dormir si así lo desean, ya que el tiempo es autogestionado, según las actividades a desarrollar: escuela presencial matutina o vespertina, clases en línea o trabajo remunerado. Por otra parte, en este centro, los adolescentes deben lavar su ropa, asear su habitación y administrar sus objetos personales. Además, los mayores de dieciséis años pueden comenzar a trabajar en lugares donde el SNDIF tenga un convenio (sus trabajos son principalmente de garroteros, meseros y ayudantes de limpieza), a los cuales no acuden todos los días, lo cual depende de sus actividades escolares; aunque cabe mencionar que no todos están inscritos en la escuela (principalmente, porque no lograron pasar el examen de admisión a la preparatoria). Según el reglamento institucional, la finalidad de que los adolescentes comiencen a trabajar a esta edad es para que se adentren y comprendan la vida posinstitucional. A pesar de la aparente libertad, existe continua vigilancia, se siguen protocolos estrictos de ingreso, hay una regulación de la privacidad y un *yo* que sigue siendo disciplinado.

Las rutinas y estructura de los CAS configuran un régimen de vida institucionalizado que moldea la subjetividad de las niñas, niños y adolescentes. Al regular el tiempo por medio de la disciplina incesante, controlar la conducta, vigilar continua y permanentemente, y transitar conforme crecen, van más allá de la protección y salvaguarda, ya que producen formas específicas de ser, percibirse y relacionarse. Estas dinámicas revelan que la institucionalización en México no es solo una medida de cuidado, sino un espacio en el que se producen modos particulares de subjetividad, los cuales se encuentran marcados por la discontinuidad afectiva y una constante negociación entre autonomía y control.

Marco teórico

Representaciones sociales

El concepto de Representaciones Sociales (RS) fue introducido por Serge Moscovici (1979) en su tesis doctoral sobre el entendimiento del psicoanálisis en la sociedad francesa; desde entonces, se ha constituido en una herramienta central para comprender cómo los sujetos construyen y comparten significados sobre su realidad cotidiana. Según Moscovici, las RS son “sistemas de valores, ideas y prácticas” (p. 13), que permiten a los individuos orientarse en su mundo social y comunicarse entre sí.

La representación social es una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos. La representación es un *corpus* organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación (pp. 17-18)

En este tenor, las RS cumplen una doble función, ordenar el mundo social al hacerlo inteligible, y facilitar la comunicación al proporcionar un lenguaje común, es decir, “transforman lo extraño en familiar” (p. 17). Así mismo, el autor describió dos procesos fundamentales en la construcción de RS: la objetivación (transformación de lo abstracto en imágenes concretas) y el anclaje (integración de lo nuevo en categorías previas). Las representaciones sociales se construyen en la vida cotidiana a partir de la interacción social, además, orientan la manera en que los sujetos interpretan el contexto en el que se encuentran inmersos, cómo actúan sobre este y cómo organizan su experiencia subjetiva. Las representaciones sociales no reflejan únicamente la realidad, sino que la producen. A saber, transforman lo abstracto en imágenes (objetivación) y vinculan lo nuevo con saberes previos (anclaje).

Posteriormente, Jodelet (1986) profundizó en la dimensión fenomenológica de las representaciones sociales al definir las como “formas de conocimiento práctico, socialmente elaboradas y compartidas, que orientan



la comprensión del mundo y las relaciones con él” (1984, p. 36). Para esta autora, constituyen el punto de intersección entre lo psicológico y lo social, pues son a la vez producciones cognitivas y prácticas colectivas. En otros términos, subraya su carácter encarnado y experiencial, ya que las representaciones sociales no son solo ideas, conceptos o pensamientos sobre algo (como definiciones o datos), sino que involucran emociones, organizan prácticas, moldean experiencias corporales (por medio de rutinas, hábitos, gestos) y estructuran relaciones sociales. Las representaciones sociales, entonces, no son únicamente modos de pensar el mundo, más bien son modos de estar en el mundo.

En contextos de institucionalización, las representaciones sociales adquieren una relevancia particular. Diversos trabajos demostraron que la vida en instituciones de cuidado residencial como los CAS produce marcos específicos de socialización, toda vez que los jóvenes internalizan discursos institucionales sobre la obediencia, la tutela y la disciplina (Goffman, 1970; Villalta, 2010). Como señala Goffman (1970) en su análisis de las instituciones totales, estos espacios generan “procesos de mortificación del yo” (p. 14) que reorganizan profundamente la identidad y la agencia social de los residentes. Los CAS se caracterizan

por generar dinámicas de regulación, control cotidiano y producción de categorías sociales que los jóvenes incorporan en su autocomprensión.

En este sentido, las representaciones sociales funcionan como dispositivos que articulan la subjetividad de los adolescentes con las rutinas, la estructura y la vida dentro de la institución. Tal como explica Jodelet (2003), las representaciones “no solo reflejan la realidad social, sino que contribuyen a producirla” (p. 41). Para los adolescentes que han vivido la mayor parte de su curso de vida en los CAS, estas representaciones configuran los modos específicos de narrar su identidad e interpretar su contexto, así como las formas de verse a sí mismos. La institucionalización prolongada moldea su campo simbólico, lo cual genera tensiones entre los discursos hegemónicos del cuidado institucionales y las experiencias subjetivas de agencia, resiliencia o resistencia de los adolescentes residentes.

En razón a esto, los dibujos creados por los adolescentes constituyen una vía analítica. Como han señalado Luquet (1973) y, más recientemente, autores que han analizado los dibujos desde la antropología, las producciones gráficas condensan esquemas perceptivos, afectivos y culturales, y funcionan como representaciones en acto. El dibujo es un medio de objetivación, ya que permite materializar imágenes sociales del yo, del cuerpo, de su subjetividad y de su contexto. Desde la perspectiva de las representaciones sociales, los dibujos pueden entenderse como formas simbólicas que combinan dos niveles de significado: por un lado, las ideas, las reglas, la disciplina, las rutinas, que provienen de la institución; y por otro, elementos más personales de los adolescentes, es decir, sus deseos, miedos, experiencias, emociones y expectativas.

En consecuencia, el análisis de estas producciones gráficas, por medio de las representaciones sociales, ofrece una ventana para comprender cómo los adolescentes institucionalizados construyen sentido sobre sí mismos, cómo negocian los discursos que los atraviesan y de qué manera elaboran narrativas identitarias en un contexto caracterizado por la regulación cotidiana y la ruptura constante de vínculos afectivos. Las representaciones sociales, desde su dimensión teórica, permiten comprender estos procesos como formas de pensamiento social que describen la experiencia institucional de los adolescentes y que participan activamente en su configuración y en la construcción simbólica de su yo.

Cuerpo, violencia y subjetividad

La institucionalización no solo organiza la vida de los adolescentes que residen en el CAS, sino que influye directamente en su cuerpo como superficie de inscripción normativa. El cuerpo, desde las ciencias sociales contemporáneas, no es únicamente una entidad biológica, es también un espacio en el que se inscriben relaciones de poder y significados sociales. Para Foucault (2002), el cuerpo es donde las técnicas disciplinarias buscan producir, en sus palabras, “cuerpos dóciles” mediante la vigilancia, la regulación del tiempo y la normalización de la conducta. Bourdieu (1999), por su parte, explica que las estructuras sociales (como las reglas o las formas de vida de una sociedad) se introducen a través del *habitus* o disposiciones duraderas que se aprenden desde pequeños a través de la familia, escuela y las instituciones, en el cuerpo de las personas. El hecho de que estas disposiciones se vuelven corporales se debe a que se expresan en las rutinas diarias, la manera de hablar, de definirse a sí mismo, en las expectativas que tengan sobre el futuro, entre otras. En los CAS, estos procesos se ven reflejados en las rutinas, espacios y comportamientos de los adolescentes, lo que configura cuerpos institucionalizados que aprenden (o cuestionan) las reglas que organizan su vida cotidiana.

La violencia que atraviesa estos cuerpos no se limita a la coerción física, ya que incluye modalidades simbólicas y estructurales. Con base en Foucault (2002), el poder disciplinario que se ejerce en este tipo de instituciones es una forma de violencia, ya que actúa sobre el cuerpo de los adolescentes y produce normalización y obediencia. Para seguir a Bourdieu (1999), en los CAS, la normalización de las reglas, las rutinas, la vigilancia constante y los castigos —así como la etiqueta de “sujetos vulnerables”, escrita constantemente en las leyes y reglamentos— que define el lugar social en el que se encuentran los adolescentes, puede considerarse como una forma de violencia simbólica, ya que, de manera invisible, por medio de clasificaciones y significados, los adolescentes llegan a percibirse como legítimos.

Aunado a esto, existe una violencia estructural generada por el sistema institucional, ya que, según Galtung (1969), al romper constantemente sus vínculos afectivos mediante los traslados frecuentes (pues no solo separan amigos, también separan hermanos y hermanas) y restringir su autonomía mediante una disciplina incesante, se limita el desarrollo pleno de los adolescentes, lo que

impacta profundamente en la manera en que los adolescentes experimentan su propio cuerpo: vigilado, restringido, expuesto o disciplinado.

La subjetividad, entendida como la manera en que los sujetos se piensan, sienten y se posicionan en el mundo, también emerge en este entramado. Foucault (1982) afirma que los sujetos se constituyen a través de prácticas de sujeción institucional que moldean la forma en que ellos se ven y se relacionan consigo mismos. Por otro lado, Butler (2001) explica que la subjetividad es una tensión entre norma y agencia; esto es, entre lo que es impuesto y lo que los sujetos pueden transformar. Mientras que Jodelet (1984) plantea que las representaciones sociales son un componente esencial en la vida subjetiva, porque, además de organizar el sentido común y la manera en la que se comprende la realidad, proporcionan los marcos compartidos que conforman la identidad.

En los adolescentes institucionalizados, la subjetividad se produce entre dos discursos; por un lado, un “deber ser” (obediente, disciplinado, agradecido) que exige la institución y, por otro, sus experiencias emocionales y biográficas, que incluyen miedo, enojo, tristeza, deseo de libertad y amor.

Conforme a lo expresado, los dibujos creados por los adolescentes se sitúan precisamente en la intersección entre cuerpo, violencia y subjetividad. En términos de representaciones sociales, estas producciones gráficas materializan tanto los significados hegemónicos, esto es, los vinculados a la disciplina, el abandono, la vigilancia o el control, como todos aquellos elementos periféricos que expresan deseos, emociones, miedos. El dibujo funciona como una extensión simbólica del cuerpo, ya que, por medio de los trazos, las posturas representadas, los espacios seleccionados o las ausencias, los adolescentes hacen visible cómo viven su cuerpo institucionalizado. Asimismo, puede aparecer la violencia simbólica mediante la representación de cuerpos pequeños o encerrados, lo que puede reflejar la interiorización de la vigilancia; figuras fragmentadas, que pueden hacer referencia a rupturas afectivas; o espacios abiertos o cuerpos en movimiento, que pueden expresar deseos de libertad. Además, la violencia se puede hacer visible en la elección de colores o en la rigidez del trazo, pero también puede revelar prácticas de resistencia y reconfiguración subjetiva cuando se presentan símbolos de esperanza, autonomía o pertenencia.



De esta manera, los dibujos de los adolescentes se sitúan en un entramado en el que la violencia simbólica, la subjetividad y las representaciones sociales dialogan y se transforman mutuamente. Lejos de ser producciones inocentes, los dibujos son actos de significación que les permiten representar su experiencia institucional, reinscribir su cuerpo en un espacio propio y producir nuevas formas de subjetividad en medio de las condiciones de control que los atraviesan. En este cruce, los dibujos son testimonios visuales de cómo viven, sienten y resignifican la violencia institucional en la que se encuentran inmersos. En este sentido, los dibujos de Enrique, Jacobo y Pablo son más que producciones estéticas: son dispositivos de subjetivación, mediante los cuales se expresan y reconfiguran las representaciones sociales que atraviesan su vida.

Metodología

Enfoque y diseño

La investigación se desarrolló bajo un enfoque cualitativo interpretativo, con el objetivo de comprender las lecturas que los adolescentes han hecho de sí mismos y su experiencia cotidiana institucional. El análisis articula las categorías de cuerpo, violencia, subjetividad y representaciones sociales, y entiende que estas dimensiones no se experimentan individualmente, sino que emergen dentro de marcos culturales específicos y relacionales compartidos.

Con base en la teoría de las representaciones sociales, se entiende que los adolescentes elaboran “teorías de sentido común” sobre la institución, su cuerpo y la violencia. Estas representaciones, según Jodelet, no son solo cognitivas, pues se encuentran atravesadas por emociones, experiencias y recuerdos. En este sentido, el dibujo permite observar la manera en que esas representaciones se materializan en imágenes y símbolos, con lo cual se constituyen en un modelo figurativo, en el que se objetivan ideas abstractas (De Alba y González, 2023) como el encierro, el miedo, la vigilancia, el aislamiento y la resistencia, que forman parte de su subjetividad.

El dibujo, entonces, funciona como una forma de expresión de las representaciones sociales, que permite acceder tanto a contenidos conscientes como a dimensiones afectivas y simbólicas que muchas veces son difíciles de expresar con palabras. En razón a lo anterior, se eligió el análisis de los dibujos creados por tres adolescentes,

Enrique, Jacobo y Pablo, durante un taller que fue diseñado para la expresión.

Contexto y participantes

La investigación se llevó a cabo en un CAS ubicado en la Ciudad de México, que reside a adolescentes varones de trece a dieciocho años. Cada uno con historias de violencia intrafamiliar, abandono, negligencia y vulneración de sus derechos. Estos centros, como se indicó anteriormente, operan bajo un modelo de rutinas, encierro parcial y vigilancia permanente, que moldea la vida cotidiana y produce determinadas representaciones sociales del espacio y de su propio cuerpo.

Participaron tres adolescentes de dieciséis años (Enrique, Jacobo y Pablo), con largas trayectorias de institucionalización, ya que han residido en los CAS desde su primera infancia. Su selección respondió a la disposición que tuvieron para participar y a la necesidad de un análisis profundo, coherente con estudios centrados en la subjetividad y las representaciones sociales.

Dispositivo metodológico

Para el análisis de la tesis doctoral, se diseñó un taller lúdico de ocho sesiones, integrado por actividades de dibujo, narración y juegos cooperativos. Para este artículo, se seleccionaron los resultados de una sesión específica, en la que los participantes crearon un dibujo que representara “cómo se ven a sí mismos en su vida cotidiana dentro del CAS”.

La sesión se fundamentó en tres principios:

—Creatividad como vía de expresión subjetiva: el dibujo facilita la expresión de significados asociados al cuerpo, la violencia y la representación de sí mismos, y evita las barreras que en ocasiones pueden originarse en las entrevistas formales. Esto se debe a que, al hacer trabajo de campo en este tipo de instituciones, constantemente —si no es todo el tiempo—, el investigador se encuentra vigilado durante la implementación del taller. Por tanto, al formular preguntas directas, los muchachos suelen cohibirse, prefieren no responder o, en ocasiones, lo hacen sin expresar lo que realmente piensan, por miedo a ser reprimidos.

—El dibujo como expresividad figurativa de las representaciones sociales: con base en la teoría de las representaciones sociales, los dibujos permiten identificar la manera en que los adolescentes objetivan sus vivencias institucionales y cómo anclan estas imágenes en referentes culturales específicos.

—El espacio grupal como generador de sentido colectivo: los dibujos fueron creados en un salón donde participaban a la par entre siete y ocho adolescentes. Esta interacción permitió observar cómo compartían entre ellos representaciones sociales sobre el CAS, la disciplina, el cuerpo, la violencia y el personal, lo que da cuenta del carácter intersubjetivo de estas construcciones.

Al terminar su dibujo, cada participante lo explicaba, y esas narrativas fueron registradas en el diario de campo para complementar la interpretación visual.

Procedimiento de análisis

Cada dibujo fue estudiado como un modelo figurativo en el que se condensan las representaciones sociales del cuerpo y la violencia institucional. Se analizó la composición espacial; los símbolos de encierro, vigilancia o aislamiento; las formas de representar el cuerpo; los colores, trazos y omisiones; y las metáforas visuales (sombras, muros, distancias, heridas, duplicaciones). Este análisis permitió observar la forma en que los adolescentes objetivan sus experiencias subjetivas en imágenes concretas y cómo estas imágenes son ancladas en significados sociales e institucionalmente compartidos.

Con base en de Alba y González (2023), el análisis se llevó a cabo en cuatro niveles articulados:

—Contexto del adolescente: se reconstruyó su entorno institucional, así como las trayectorias personales de cada uno. Esto fue fundamental porque los dibujos no son producciones aisladas, ya que traducen experiencias corporales y emocionales vinculadas con el encierro, la vigilancia, el castigo, la soledad o la resistencia.

—Biografía y bagaje sociocultural: se analizaron sus historias de vida, las experiencias de violencia y los mecanismos institucionales que impactan en la forma de representar su cuerpo y su subjetividad. Esto permitió comprender por qué ciertos símbolos emergen de manera recurrente en los dibujos.

—Descripción gráfica: se estudió detalladamente el dibujo como modelo figurativo, con base en la composición espacial, la expresión del cuerpo, los colores utilizados y los elementos que aparecen o se omiten. Esto ayudó a desentrañar la forma en que se objetivan ideas abstractas como la violencia, el miedo, el control, el deseo de libertad o la identidad.

—Análisis narrativo y categorías emergentes: se analizaron las explicaciones de los participantes sobre

sus propios dibujos, y se hizo énfasis en la forma en que narraron su cuerpo, su relación con la violencia y la construcción de su subjetividad dentro de la institución, así como su contexto y biografía.

A continuación, se expondrán los resultados y hallazgos de los dibujos analizados. Primeramente, se explicarán los cuatro niveles articulados, previamente mencionados, de cada adolescente y, posteriormente, se presentará el análisis.

Resultados y análisis

Enrique

Enrique es un adolescente que ha vivido una infancia marcada por la exclusión, el abandono y la violencia. Antes de ingresar a los CAS, ya había transitado por las calles y distintos orfanatos, donde era constantemente canalizado de una institución a otra debido a su conducta. Este desplazamiento frecuente da cuenta de un entorno institucional incapaz de contener su dolor y de una infancia sin raíces, sin vínculos afectivos estables ni una figura que le brindara protección o pertenencia. No conoció a sus padres, ni recuerda mucho de su niñez, aunque reconoce que prefiere no recordar, ya que para él tanto la calle como las Casas Hogar han sido experiencias “duras”.

Su comportamiento actual en el CAS es temido por los demás jóvenes, especialmente los de menor edad, quienes evitan compartir espacio con él. Enrique suele imponer su presencia mediante la agresión verbal y física, lo que podría interpretarse no solo como un acto de violencia, sino también como un mecanismo de defensa aprendido. Ha vivido en entornos en los que mostrarse débil puede significar ser víctima y la supervivencia supone una alerta constante. Así, su agresividad es, en el fondo, una forma de protegerse.

En su dibujo de sí mismo, Enrique se representa como un superhéroe, pero no un héroe tradicional, sino uno cargado de rabia y deseo de venganza (figura 1). Lleva una capa, un casco con picos, que oculta su rostro y deja ver solo unos ojos sin pupilas, que expresan tristeza; además, sostiene un machete en una mano y un tenedor en la otra, armas que utiliza, dice, para atacar al personal del centro, a quienes culpa por el maltrato y la falta de atención. La elección del casco y su diseño agresivo hablan de la necesidad de cubrirse, de proteger su identidad, de no ser visto realmente. Los ojos sin pupilas refuerzan la idea de un vacío

emocional profundo, de una mirada apagada por el dolor, la frustración y la desconfianza.



Figura 1. *Dibujo de sí mismo, Enrique.*

Enrique no dibuja simplemente una fantasía de poder: dibuja lo que desearía poder hacer a quienes percibe como responsables de su sufrimiento. Su superhéroe no salva, no ayuda; su superhéroe castiga. Esta representación revela cómo su autoconcepto está atravesado por el enojo, la tristeza, el deseo de justicia, aunque expresado de forma violenta y la sensación de estar en constante amenaza. La capa y la capacidad de volar pueden simbolizar el deseo de escapar, de alejarse de la realidad que lo oprime, pero también denotan un intento de elevarse por encima de su historia y su dolor, de convertirse en alguien fuerte y temido para no ser vulnerable nunca más.

El dibujo, en conjunto, evidencia una identidad construida desde la defensa, la rabia y el rechazo. Enrique está enojado con los demás, consigo mismo y con el mundo que lo ha formado. Se percibe solo, sin apoyo, y siente que la única forma de ser escuchado o respetado es a través del miedo. El machete y el tenedor no son solo armas: son símbolos del daño que ha recibido y del que está dispuesto a infligir para protegerse.

Enrique representa un caso claro de cómo la institucionalización prolongada, el abandono y la falta de contención emocional pueden deformar la percepción del yo, y generar respuestas agresivas como única vía para afrontar el dolor. Su dibujo es una representación de sí mismo, pero

también es un grito de auxilio disfrazado de amenaza. El reto con Enrique no es solo contener su violencia, sino lograr que confíe, que baje el casco, y que pueda reconocer que detrás de esa armadura hay un adolescente herido que aún necesita ser visto, escuchado y cuidado.

Análisis. El cuerpo armado como defensa de una subjetividad herida

La trayectoria vital de Enrique, la cual se encuentra marcada por desplazamientos constantes, abandono afectivo y experiencias continuas de violencia, constituye el marco desde el cual se configuran sus representaciones sociales sobre sí mismo, la institución y el mundo adulto. Su biografía, caracterizada por rupturas y falta de continuidad, produce una subjetividad que ha debido organizarse alrededor de la defensa y la supervivencia. Desde la perspectiva de las representaciones sociales, las imágenes elaboradas no surgen aisladas, son el resultado de procesos de objetivación y anclaje. Enrique convierte en figuras concretas (armas, casco, picos) aquello que ha experimentado como amenaza constante, y ancla estas imágenes en referentes aprendidos en la calle y en las instituciones.

La violencia representada al dibujar armas como el machete y el tenedor, es el modo en que Enrique ha aprendido a defenderse en contextos en los que la vulnerabilidad es peligro. Sus armas simbolizan el daño recibido y la necesidad de anticiparse al ataque. Se puede observar que, al dibujarse a sí mismo como superhéroe, no lo hace para salvar, sino para ajustar cuentas. Esto constituye un imaginario en el que la justicia solo existe como venganza.

Su dibujo expresa una subjetividad mediada por la defensa, la rabia y la desesperanza. La capa y la capacidad de volar sugieren la fantasía de escapar de la institución y el deseo de elevarse por encima de una historia que lo ha marcado profundamente. En conjunto, el dibujo revela que Enrique construye una identidad endurecida, pero al mismo tiempo fracturada, en la que la violencia es la única forma de protección disponible.

Jacobo

La historia de Jacobo es la de una infancia fragmentada, marcada por la ausencia, el abandono y la ilusión rota. Fue ingresado a los CAS a los dos años de edad, y no conserva recuerdos claros de su familia. Cuando hablaba de ellos, comentaba: “no los podía recordar”. Esta frase no es solo un dato biográfico, es el punto de partida de una vida

institucionalizada, en la que crecer significa adaptarse a los vínculos temporales, como quien aprende a no encariñarse con nada porque todo es pasajero.

Lo conocí a los once años y se mostraba como un niño tranquilo. Le gustaba el básquetbol, escuchar cuentos y su favorito era “Hansel y Gretel”, una historia de abandono infantil que, simbólicamente, se alinea con su propia experiencia. En ese entonces, estaba cerca de ser adoptado. Tenía la esperanza de finalmente tener un hogar. Pero esa ilusión no duró. De un día para otro, el proceso de adopción se canceló, sin explicación clara para él. Su respuesta fue significativa y dolorosa: “Ya no... es que, creo, se arrepintió”, al hacer referencia a la persona que lo iba a adoptar. Esa frase encierra un golpe devastador a su autoestima. Jacobo no interpretó lo sucedido como un error del sistema, sino como una falla en él: alguien se arrepintió de tenerlo. Desde entonces, su conducta cambió: se tornó agresivo, molestaba a sus compañeros y su tristeza se volvió silenciosa.

Con dieciséis años, se describe a sí mismo como un “nini” (ni estudia, ni trabaja), atrapado en un presente sin proyectos, sin estudio, sin trabajo y, aparentemente, sin rumbo. El dibujo que Jacobo hace de sí mismo es profundamente simbólico. Escoge un lápiz (una herramienta sencilla y sin color) y se representa como un militar armado con una metralleta, con la que mata “a todos los que me molestan... y también al personal”. Lo más inquietante no es solo el contenido violento del dibujo, sino su forma: figuras de palitos, sin rostro, lo que expone un cuerpo funcional, sin expresión, sin identidad.

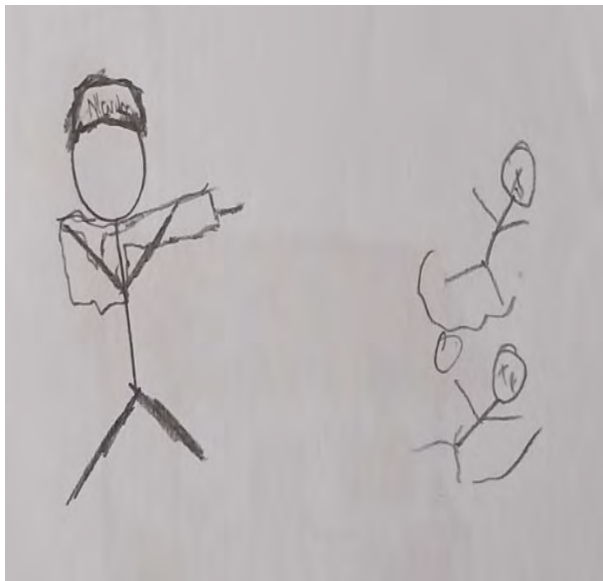


Figura 2. Dibujo de sí mismo, Jacobo.

El dibujo, además de ser una proyección de enojo, también es una declaración de dolor. Sostiene una metralleta y dispara a dos figuras, cuya muerte es evidente por las cruces en los ojos y la sangre. Es una imagen cruda, en la que la violencia es la única herramienta de defensa. Pero no es solo un acto de agresión: es un intento desesperado de recuperar el control. En una vida en la que ha sido constantemente vulnerado, ignorado, transferido y rechazado, Jacobo construye una imagen de sí mismo como alguien que por fin puede defenderse, aunque sea a través de la destrucción.

La falta de rostro en su dibujo no es casual. Es un acto simbólico de invisibilización: Jacobo no quiere (o no puede) verse a sí mismo. No se reconoce. No se muestra. Su identidad está diluida por la experiencia institucional, por los rechazos, por el abandono.

La representación de sí mismo como militar armado no debe interpretarse simplemente como una fantasía de poder, sino como un reflejo directo de su necesidad de control, de justicia (a su modo) y de ser respetado. Jacobo no quiere ser un héroe que salve a otros; quiere ser alguien que se salve a sí mismo. La violencia no es su objetivo, es su escudo. Es su lenguaje cuando todo lo demás ha fallado.

Análisis. El cuerpo vacío y la violencia como compensación simbólica

La vida de Jacobo, como se pudo ver, se encuentra atravesada por el abandono y por una experiencia institucional prolongada, en la que los vínculos han sido frágiles y temporales. El momento en que su adopción fue cancelada sin explicación constituye un punto de quiebre que reorganiza sus representaciones sociales. Ahora el mundo aparece como un espacio en el que puede ser abandonado sin consecuencia, lo cual deteriora su percepción de sí mismo.

Su dibujo, como una figura de palitos, sin rostro, expresa una forma radical de invisibilización. La ausencia de facciones es una decisión simbólica que produce una representación del cuerpo como puro funcionamiento, sin afecto ni identidad. Es un cuerpo utilitario, solo sostiene un arma, dispara, actúa, pero no siente. En términos de representaciones sociales, se representa a sí mismo, según las imágenes que el entorno le ha devuelto: inexistencia, abandono y falta de valor. Al dibujarse como un militar que dispara, no representa únicamente agresión, sino un intento de recuperar su agencia en un mundo donde se siente impotente. La violencia opera como representación

social del poder, ya que es el único medio con el que imagina la posibilidad de defenderse.

Pablo

La historia de Pablo es la de un niño arrancado del vínculo más esencial: su familia. Fue encontrado viviendo en situación de calle con sus padres, quienes migraron desde Michoacán a la Ciudad de México en busca de mejores oportunidades. Sin embargo, la pobreza, el abandono social y la indiferencia institucional los empujaron a la calle, donde finalmente Pablo fue separado de ellos por las autoridades. Desde entonces, no volvió a verlos. En Pablo, la herida del abandono no es solo emocional: es existencial. No fue abandonado por decisión directa de sus padres, sino por un sistema incapaz de protegerlos como núcleo familiar, y, más adelante, de atender las necesidades emocionales del niño que quedó solo.

Cuando Pablo fue ingresado a los CAS, comenzó una vida en la que el silencio se volvió su modo de adaptación. Lo conocí cuando tenía diez años, y se mostraba reservado, serio y triste. Era un niño que hablaba poco, pero escuchaba mucho. En los talleres, permanecía en silencio, siempre atento, y se sentaba a un lado, como si no quisiera molestar, como si su presencia fuera algo que debía ser disculpado. El único momento en el que habló de sí mismo fue cuando, durante la lectura de "Hansel y Gretel", al escuchar cómo los padres abandonaban a sus hijos en el bosque, dijo: "Mis papás nunca me buscaron". Una frase breve, pero cargada de una verdad devastadora: Pablo no solo se sintió olvidado, sino también reemplazable, invisible, no digno de ser buscado.

Esta percepción de sí mismo como alguien sin valor, sin pertenencia ni un lugar seguro, se traduce directamente en su dibujo de sí mismo. Cuando creó la ilustración correspondiente a la figura 3 ya tenía dieciséis años. Al momento del ejercicio, tardó en decidir cómo dibujarse, ya que reflejó dudas e inseguridad; finalmente, cuando lo logró, eligió representarse ardiendo en fuego y sosteniendo una pistola con la cual decapitó a una persona. Este acto, profundamente simbólico, no puede entenderse únicamente como una expresión de agresividad; más bien, refleja una lucha interna intensa, un deseo de aniquilar aquello que le ha hecho daño, pero también una forma de autodestrucción. En su dibujo, el fuego lo consume. Pablo no solo daña al otro, también se daña a sí mismo. El dolor lo ha rodeado tanto tiempo, que se ha vuelto parte de su piel.

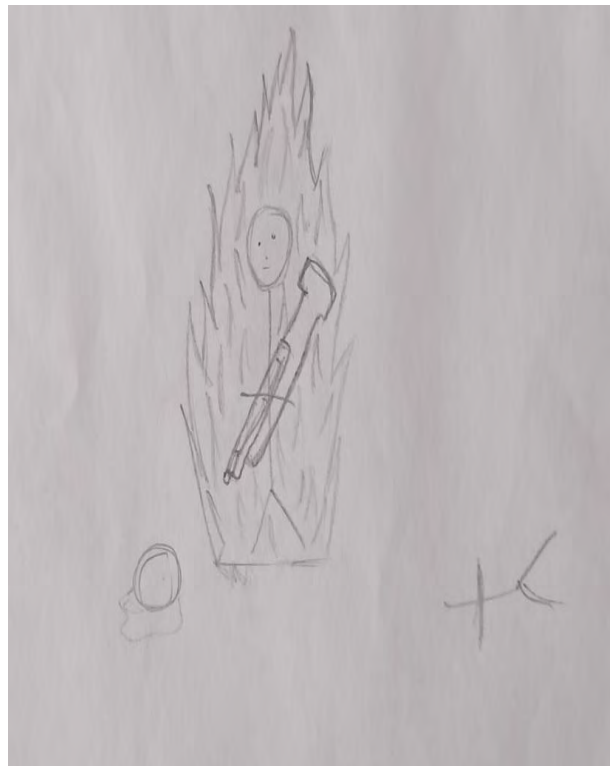


Figura 3. Dibujo de sí mismo, Pablo

El rostro que dibuja es tenue, casi borrado. No hay seguridad en su trazo, ni firmeza en su autodefinición. Su identidad está difusa, quebrada por una historia que nunca terminó de construirse con sentido. La falta de expresión facial, la violencia extrema y la elección de elementos agresivos como la pistola, la sangre y el fuego, revelan que Pablo vive atrapado entre el deseo de desaparecer y la necesidad desesperada de ser reconocido. Al no poder hablar, grita con sus imágenes. Al no poder pedir ayuda, dibuja muerte.

El reto con Pablo no es solo contener su agresión, sino acompañarlo a redescubrir su voz, su valor y su derecho a vivir una vida distinta. Porque mientras el fuego lo consume en silencio, seguirá gritando con imágenes lo que nadie se ha detenido a escuchar.

Análisis. La subjetividad devorada por la pérdida

La representación de sí mismo de Pablo como un cuerpo ardiendo es una metáfora estremecedora del sufrimiento internalizado. El fuego lo consume. En el dibujo, su cuerpo es el lugar en el que se acumula la historia de abandono, y la llama es el símbolo de un dolor incontenible. Desde la perspectiva de las representaciones sociales, el fuego se puede entender como una imagen que objetiva la vivencia

emocional de destrucción interna. Pablo no dibuja un enemigo externo, sino que se dibuja a sí mismo siendo consumido, lo cual indica que la violencia es también hacia él. Aunque sostiene una pistola y decapita a otro — lo cual remite agresión hacia otros—, lo que es más revelador es que él mismo está siendo destruido, con un rostro casi borrado. El trazo se observa inseguro, tenue, hay una falta de firmeza, lo cual expresa una subjetividad que no logra consolidarse. La violencia se convierte en representación social de su imposibilidad de ser visto. Pablo grita por medio de su dibujo.

Análisis general de los tres casos

Los dibujos de Enrique, Jacobo y Pablo permiten comprender cómo, dentro de los Centros de Asistencia Social, elaboran representaciones sociales de ellos mismos atravesadas por violencia, vulnerabilidad y deseo de protección. Sus cuerpos dibujados como blindados, vacíos e incendiados, funcionan como metáforas visuales de modos distintos de habitar el dolor y defenderse de este.

La violencia aparece como un lenguaje aprendido y recurso simbólico para expresar agencia en contextos en los que han sido silenciados. La subjetividad se expresa como un proceso afectado por la institucionalización, la falta de vínculos afectivos fuertes y duraderos y la continua repetición de pérdidas. Los dibujos representan cómo se ven a sí mismos y cómo se han visto obligados a ser. Cada elaboración gráfica constituye un testimonio visual de lo que significa crecer en contextos institucionales en los que el cuerpo es regulado, la identidad, frágil y la violencia, cotidiana.

Implicaciones para la investigación y la práctica social

En términos metodológicos, la experiencia demuestra la importancia del análisis gráfico y narrativo como complemento a las técnicas etnográficas tradicionales. La combinación de imágenes y relatos permitió acceder a dimensiones de la experiencia que son silenciadas en los registros normativos.

Las implicaciones para la investigación y la práctica social son múltiples; por un lado, es evidente la necesidad de generar metodologías más sensibles y horizontales, que reconozcan el valor del arte como vía de acceso a las experiencias subjetivas de este tipo de población. El dibujo, en este caso, no es solo una técnica ilustrativa, sino una herramienta epistémica que permite a los sujetos expresar lo

indecible. Por otro lado, estos casos llaman a revisar críticamente las políticas públicas e institucionales que rigen los sistemas de protección. El sufrimiento psicosocial de estos adolescentes no puede abordarse exclusivamente desde la psicología individual, sino desde un enfoque estructural que interpele las condiciones materiales, simbólicas y relacionales de los espacios institucionales. El reconocimiento de esta complejidad enriquece la comprensión académica y es un llamado urgente a reconfigurar nuestras prácticas como investigadores.

Conclusiones

El análisis de los dibujos elaborados por Enrique, Jacobo y Pablo evidencia que el arte del dibujo trasciende la dimensión estética para convertirse en un lenguaje de la subjetividad. En el trazo, en la elección de usar un lápiz, en la ausencia o presencia de rostros y en la incorporación de armas, fuego o símbolos de poder, se materializan emociones y experiencias que difícilmente emergen en otros espacios. El dibujo se presenta como un espejo de las vivencias institucionales y, al mismo tiempo, como un acto creativo que permite a los adolescentes apropiarse de su historia.

Desde la perspectiva de las representaciones sociales, los dibujos operan como condensaciones simbólicas de significados compartidos. Los participantes, por medio de sus dibujos, produjeron imágenes en las que el cuerpo se expone como un territorio simbólico en el que se inscriben las experiencias vividas: un cuerpo blindado (Enrique), un cuerpo sin expresión (Jacobo) o un cuerpo incendiado (Pablo). Estas representaciones corporales funcionan como metáforas que objetivan los efectos psicosociales de la violencia y permiten observar cómo cada uno articula defensas, silencios, fantasías o deseos de huida.

En los tres casos la violencia es percibida como un lenguaje aprendido y como un recurso simbólico para afirmar el *yo*. No se trata únicamente de la agresión hacia otros, sino de una violencia que está expresando la necesidad de recuperar agencia en un mundo que los ha herido continuamente. Asimismo, los tres casos representan la violencia como una consecuencia de la institucionalización que no ha podido ofrecer contención emocional suficiente ni espacios de reconocimiento.

Los dibujos evidencian que los adolescentes residentes de este CAS necesitan más que resguardo físico; requieren

vínculos fuertes, significativos y duraderos y formas de participación que les permitan reconstruir su identidad sin basarse en la defensa y el dolor.

El reto para las instituciones asistenciales es contener la violencia que expresan y comprender qué está comunicando esa violencia; este análisis da cuenta de que esto es un profundo deseo de ser vistos, escuchados y cuidados. Reconocer esto es indispensable para transformar las prácticas institucionales y construir espacios que posibiliten nuevas formas de habitar el mundo y de habitarse a sí mismos.

Referencias

- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Butler, J. (2001). *El grito de Antígona*. El Roure.
- De Alba, M. y González, L. (2023). El dibujo como expresión de representaciones sociales: El caso de un Centro de Asistencia Social en la Ciudad de México. En: L. Girola (Coord.), *Teorías y metodologías: Indagaciones y propuestas para el estudio de representaciones e imaginarios sociales*, (pp. 166-187). Universidad Santiago de Cali.
- Foucault, M. (1982). The subject and power. *Critical Inquiry*, 8(4), 777-795.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Galtung, J. (1969). Violence, peace, and peace research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167-91.
- Goffman, E. (1970). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu.
- González, L. (2024). *La vida en un Centro de Asistencia Social: Un análisis sobre el curso de vida y las representaciones sociales del futuro en los jóvenes de la Casa Hogar para Varones* [Tesis de Doctorado, Universidad Autónoma Metropolitana].
- Jodelet, D. (1984). La representación social: Fenómenos, concepto y teoría. En: S. Moscovici (Ed.), *Psicología social II*, (pp. 469-494). Paidós.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. *Revista de Psicología Social*, 1(2), 469-494.
- Jodelet, D. (2003). *Las representaciones sociales*. Ediciones Coyoacán.
- Luquet, G.-H. (1973). *El dibujo infantil*. Kapelusz.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Huemul.
- Unicef. (2013). *Estado Mundial de la Infancia 2013: Niños y niñas con discapacidad*. Unicef.
- Unicef. (2017). *La situación de la niñez institucionalizada en México*. Unicef.
- Unicef. (2017). *Manual para el fortalecimiento de los sistemas de cuidado alternativo*. Unicef.
- Villalta, C. (2010). *La judicialización de la infancia: Control social punitivo y políticas públicas*. Editores del Puerto.

